

## Tomás Raja Izquierdo. Mazarrón, 1953

Tomás Raja nace en 1953, en un momento crítico de la historia de Mazarrón, en los días en que se presagiaba el ocaso de lo que fue el esplendor del municipio, la industria minera que tanto había ofrecido a mazarroneros y foráneos durante tantos años.

A mediados de los años 60 del pasado siglo marcha a Gerona, donde reside durante un corto periodo de tiempo, sobre 5 años, siendo en esta época cuando siente la voz del arte que le llama y le invita a grabar en su memoria un nuevo paisaje que le sorprende pero que no despierta la atracción de las terreras desbordantes de ocre, sienas y almagras de su Mazarrón natal, ese paisaje que contemplaba a menudo; su padre era minero, y que le extasiaba por su extraña realidad y por la crudeza y desgarramiento del mismo. Allí, en Gerona, es donde conoce “al pintor”, un extraño personaje que a menudo encontraba en el mismísimo centro de algún riachuelo, buscando rincones y perspectivas imposibles, y al que Tomás seguía y vigilaba clandestinamente. “El pintor” fue quien le proporcionó sus primeros tubos de óleo y sus primeros pinceles, ejerciendo de maestro durante aquellos entrañables días llenos de inocentes recuerdos. Tomás nunca logró recordar su nombre pero jamás olvidó su mágica figura, que contrastaba poderosamente con aquel paisaje de verdes desconocidos, inmerso en aquel nuevo escenario de grises horizonte y llanuras inabordables.

Tomás siempre se recuerda a sí mismo con lápices de colores entre sus dedos y pintando desde la niñez, aunque es en los años 80, después de volver a su Mazarrón natal, cuando se dedica a la pintura de forma exclusiva. Por vez primera Tomás se coloca ante un lienzo con intenciones diferentes al divertimento, cargado de emoción, como si se asomase a una ventana que le brinda un largo camino, excitante y nuevo para él hasta entonces, y monta, con su amigo Luis Marino, el primer estudio que ambos compartirán durante algunos años. Es allí donde comienza una larga andadura donde la búsqueda de un lenguaje propio llega a convertirse en una obsesión, insistiendo en su formación plástica de manera autodidacta, convencido de que para aprender a pintar no se necesitan academias ni magisterios, sino que se aprende pintando y mirando hacia el interior de uno mismo, y mirándose a sí mismo es cuando inicia una corta pero intensa etapa que puede definirse como “realismo mágico”. Inmerso en este nuevo campo es cuando maneja y juega con un vocabulario lleno de símbolos que pronto abandona para seguir por otros derroteros que le conducen a nuevas experiencias plásticas. Es también en esta época cuando entra a formar parte del Grupo Almagra, grupo de artes plásticas al que ha dedicado muchos esfuerzos y en el que aún se encuentra.

Es poco después cuando se plantea su primer trabajo en serie y en serio, y dirige de nuevo su mirada a un estremecedor espectáculo de color, el paisaje minero que tanto le había impresionado en su niñez, seco y árido, que lo envuelve en una extraña sensación de inquietud y ansiedad que decide llevar a la tela fusionando lo real con lo matérico. “Paisajes para el olvido” es el resultado de una primera etapa, que también abordan los demás miembros del colectivo Almagra

Los grises horizontes que recuerda de su estancia en Gerona los rescata y los traspasa del rincón de su memoria a los lienzos, allí van constituyéndose en una nueva serie que llevará por título “Horizontes”. Es una etapa gris que le conduce a un raro estado de soledad, y que afronta soportándola y utilizándola para hablar de tú a los caminos del arte. En síntesis, el resultado de esta nueva serie es la apertura de una vía de expresión donde coquetea con la abstracción, y de este modo, con este nuevo concepto, persigue y atrapa los olores, colores y sensaciones del inadvertido y benévolo otoño mazarronero.

“Últimos días de Otoño” y “Escenarios para un espectador” son los títulos de las series que representan los logros más interesantes de esta etapa. Es este un gran momento creativo en el que se deja llevar por los sentimientos y da protagonismo al azar y al accidente plásticamente hablando; al contrario de otras etapas donde la simple colocación de un objeto sobre un plano o su sombra proyectada era rigurosamente estudiada, ya hora, de ser un hombre ordenado en trabajo y técnica pasa a ser un contemplador y no solamente de lo estético, más bien se recrea en el tiempo y en el espacio como si se tratase de una nueva materia que lucha por incorporar a la obra de arte.

Como todo buen artista, Tomás no deja de bucear en aquellos temas que atraen su atención y que despiertan sensaciones nuevas que vive de forma intensa y que intenta transmitir a través de su pintura. Se interesa entonces por temas que tienen que ver con la historia local, prestando especial atención al rico patrimonio histórico-arqueológico e

## Tomás Raja Izquierdo. Mazarrón, 1953

incorporando fragmentos de cerámica romana, como terra sigilata, a sus creaciones o fabricando terracotas que introduce en su obra como nuevos elementos.

Otra vez recupera el paisaje autóctono, aunque esta vez sólo sean fragmentos y primeros planos que convierte en el principal escenario para colocar un poco de la historia y los orígenes de Mazarrón y se desprende de los pinceles y aborda esta nueva etapa con espátulas, con sus propias manos y con su cabeza llena de fantasías, y es así cuando él está absolutamente libre, goza de la “seguridad” que su arte necesita y es cuando realmente se siente pintor.

Es ya en los años 90 cuando realiza las series “Hallazgos” y “Arquitectura”; esta es sin duda la etapa más larga que recorre y que concluye con “La otra mirada”, donde de nuevo la simbología y un repaso por su infancia dan fin a una etapa que puede definirse como matérica, planteándose también la experimentación como uno de los objetivos.

El nuevo milenio empieza con otra perspectiva para Tomás, como un acto de reconciliación con la realidad regresa a los orígenes y titubea entre el realismo, el simbolismo y lo matérico. “Almagra con almagra” y “Almadraba” son las últimas series que ahora enmarcan a Tomás en una etapa figurativa, quizás inmerso en esa obsesiva búsqueda el retroceso estilístico solo sea un simple pretexto para alcanzar lo imposible “la luz”, meta inalcanzable desde tiempos remotos y autoimpuesta en la obra de cualquier pintor. Más adelante, y ahora si, dentro de esa etapa figurativa, aborda otras dos exposiciones <Callejero> y <Después del aguacero> centradas en Mazarrón, en sus calles, en sus rincones, en la luz que infiere una perspectiva y una visión diferentes, poniendo de relieve aquellos aspectos de lo cotidiano que el ojo no ve, aquello que a casi todos nos pasa inadvertido pero no al ojo del artista.

Su última exposición la lleva a cabo en la Universidad Popular, su casa durante muchos años, y la titula <Long summer days>. Aquí aborda un tema más actual. Las playas, la gente, las sombrillas y todo lo que tiene que ver con ese recurso nuestro del que tanta gente disfruta. La paleta se suelta y consigue, aparte de una interpretación magistral, conmovir al espectador con unas figuras sugerentes y sugeridas, de delicado color. Sus pinceladas hacían que los bañistas aparecieran dotados de movimiento, como si estuvieran animados por intensas emociones. Su paleta de color se llenó de colores vivos y su técnica y talento, sumados a un trabajo continuado, se combinan para dar lugar a pinturas deslumbrantes.

Tomás ha sido uno de los grandes artistas que ha dado Mazarrón, un trabajador incansable que siempre estaba dispuesto a colaborar con cualquier causa noble que se le planteara, una persona cercana con todo el mundo, un compañero que transitó por la vida siendo lo que quería ser, artista.